



# El barrio de los muertos

Alberto Chimal

MUY PRONTO YA NO SERÁ POSIBLE visitar el barrio de los muertos. El señor Burgos, su guardián, se está volviendo loco.

O tal vez debería decir que se está volviendo arrogante y codicioso. No lo sé. No puedo juzgar con frialdad. Al principio sólo pedía algo de dinero a los visitantes, y no estaba mal porque lo que gana en la funeraria no le alcanza para mantenerse: llega muy poca gente y, desde el punto de vista de alguien que sólo quiere enterrar a un ser querido, el local es muy feo, las cajas disponibles de mala calidad y el servicio pésimo.

En realidad, la vida entera del señor Burgos —sea por pasión auténtica, o bien por falta de inclinación o de talento para otra cosa— se dedica a la preservación del secreto de los cadáveres y del acceso a su tierra.

Ahora, sin embargo, no sólo pide cada vez más. Ha comenzado a hacer otras exigencias. Ha comenzado también a negar la entrada a algunas personas de manera arbitraria, arguyendo que tal no es “digno” de visitar el barrio, que tales otros tienen “agendas” (lo que quiere decir algo como “planes secretos y malévolos”) respecto del lugar, o que tal más simplemente no le simpatiza y puede ser rechazado por eso. Ha comenzado, pues, a pensar que el secreto y el misterio le pertenecen.

Él mismo nos lo ha dicho a varios: —Por algo me llegaron a mí —afirma—. No le llegaron a nadie más. No es casualidad. La funeraria estaba abandonada. ¿Ustedes la abrieron de nuevo? ¿Ustedes pagan la renta del local y lo mantienen abierto? Yo sí y por eso merezco —y no dice qué merece exactamente, pero levanta un poco la barbilla, y la expresión de su cara se vuelve orgullosa.

En realidad el “tesoro” es algo miserable, por supuesto. El barrio de los muertos es demasiado extravagante: entre quienes llegan a enterarse de que existe casi nadie lo cree, y casi nadie de quienes sí lo creen halla ningún atractivo en esas calles grises y reseca, siempre oscuras. Quienes los frecuentamos somos, pues, una comunidad despreciada, y tampoco sacamos mucho de conocerlo, de haber ido ni de haber conversado con sus habitantes, que son como son: que hablan poco y de temas en general muy deprimentes. El contacto con los muertos no da poder, ni influencia, ni mucho menos riqueza. No alisa la piel ni reduce el peso corporal.

No nos reconcilia con nuestras parejas, nuestros hijos o aquellos con los que trabajamos. Cuando mucho, nos permite contemplar la vida —apreciar la certidumbre de la muerte— de otra forma. Y probablemente al señor Burgos no le quede ni eso, entre la costumbre de estar expuesto al misterio todos los días y la vanidad que se ha apoderado de él.

Así lo decimos todos, y sentimos más y más enojo cada que alguien llega al cafecito en que nos reunimos —en el café Nuevo Mundo, un negocio pequeño en la colonia Obrera, ni mejor ni peor que otros, con mesas y bancas de madera vieja y en el que nadie mira a nadie— con una nueva anécdota del señor Burgos:

—Me exigió que lo llamara “Don Filippo” —se queja alguien—. “Señor Don Filippo”. ¿Qué es eso? ¿No se llama Felipe?

—A mí —dice alguien más— me tuvo esperando dos horas antes de voltear siquiera a verme.

—Yo saqué a mi sobrino de la escuela y se lo dejé para que fuera su chalán —cuenta el licenciado Falcón—. Pero él mismo lo corrió a las dos semanas...

Un alemán al que conozco poco (¿Hans? ¿Heinz?) se queja en su idioma, y el amigo que fue su valedor para que entrara en nuestro grupo traduce: cuando Hans o Heinz no quiso pagar no sé cuántos miles de euros, dizque porque todos los europeos son ricos, Burgos lo echó a patadas de la funeraria y le dijo “puto nazi” (el hombre dijo la primera palabra con tanta facilidad que es obvio que no la entendió).

Por su parte, la señora Cisneros dice: —A mí me volvió a preguntar si mi marido es tan bueno como para serle fiel. “La gente buena es tonta. Y si no cree que él le pone el cuerno con una más joven, entonces la tonta es usted”, dijo. Y que si realmente no me gusta él, Burgos, o solamente estoy dándome a desear. ¡“Como todas”, dijo! ¡El muy infeliz!

Yo sé que no tiene sentido decirlo, pero cuando la señora Cisneros nos cuenta esto pienso que el señor Burgos es gordo y calvo, con una barba que parece de estopa sucia; que incluso cuando no era como ahora sí se comportaba de modo brusco y descortés, y que desde siempre, también, se baña poco y suele llevar la misma ropa hasta que se le rompe. Si así fue también cuando era joven, no creo que haya tenido muchas oportunidades de tener sexo, y mucho menos una pareja.

En todo caso me callo, tomo un sorbo del Nescafé con leche que sirven aquí y miro (como miran todos los demás, de tanto en tanto) hacia el otro lado del Eje Central, a donde termina la calle de Doctor Balmis, pues a poca distancia, apenas más allá del mercado, entre un hotel de mala muerte en el que al menos cada mes aparece algún cadáver, y una miscelánea abandonada, con la cortina de metal cerrada y oxidada y cubierta de grafiti, entre esos dos sitios horribles está el local de un solo piso con el cartel

#### FUNERALES BURGOS

Y allí acabaremos todos por volver. Ya lo sabemos: hombres y mujeres, pobres y más pobres, solitarios como yo o con familia como la señora Cisneros o el licenciado Falcón, que tienen que venir a escondidas y contando mentiras; de la ciudad, como la mayoría, o de muy lejos como el alemán.

Todos estaremos llegando con el señor Burgos, quien se levantará de detrás de su escritorio de metal oxidado y nos mirará de arriba abajo. Lo saludaremos con cortesía (le diremos “Señor Don Filippo”, “querido amigo”, “cuidador excelente”, lo que sea que nos pida) y le pagaremos.

Entonces él nos acompañará a la puerta del fondo del local, más allá de los ataúdes en exhibición, detrás de la pequeña oficina que él nunca utiliza. Pisaremos los restos de comida y las bolsas de frituras que él deja por cualquier parte. Veremos cómo abre la puerta, que es de metal pesado y pintado de verde. Pasaremos al otro lado.

¿Quién decide qué muertos llegan a ser guardados allá? ¿Por dónde llegan? Nunca hemos visto un entierro. Y sin embargo es raro no encontrar, en cualquier visita, a alguien nuevo: un niño con expresión de perplejidad, una muchacha consumida o un hombre hinchado, alguien que claramente murió apuñalado, o de cáncer, o que tiene las marcas de la cuerda en el cuello, las rajaduras en las muñecas. Allí están y allí se mueven, por las calles y entre los edificios, todos de uno o dos pisos, todos aislados del resto de la ciudad. Quién iba a decir que tantas cuadras podían quedar abandonadas y cerradas así. Los que llegamos nos preguntamos a veces por los límites del barrio, pero no demasiado: nunca hemos intentado alcanzarlos. Preferimos escuchar las voces de quienes nos hablan y que

nos dicen sus verdades amargas, esas que alivian por que no admiten la esperanza.

Muy pronto ya no será posible visitar el barrio de los muertos, que el señor Burgos ha comenzado a llamar “la ciudad de Ataúdes” aunque sus propios habitantes no lo consideran una ciudad y tampoco le dan nombre.

(—No hay necesidad —me dijo hace poco una de ellos: una anciana de dos o trescientos años, cuando pregunté al respecto. Era como querer retener su propio nombre, siguió, o los detalles de su biografía, que “dolían” el primer siglo pero luego se iban difuminando, cuando de todas formas se sufría de aquel lado también.)

Muy pronto, anticipamos, el señor Burgos cerrará por completo el acceso a ese lugar que no le pertenece: que no es de él ni de nadie. Pedirá más y más y más hasta que nadie pueda, o quiera, satisfacerlo.

Pero más tarde, tal vez años más tarde, tal vez muchos años..., algún día, inevitablemente, el señor Burgos —Don Filippo, Señor de las Llaves, Intermediario de la Vida y la Muerte, no importa qué aires y qué nombres ridículos se quiera dar— morirá también. Casi con seguridad, sin ninguna persona designada como su heredero o depositario. Y entonces nosotros, o los que queden entonces de nosotros, de los curiosos y los obsesionados, de los fieles, peharemos como animales para que se abra otra vez la puerta en la pared de atrás de la funeraria, y quizá para quedarnos con el local, para controlar las entradas y las salidas como lo hace hoy el Patrono de lo Floreciente y lo Marchito (qué idiota, qué tipejo despreciable). Alguien saldrá victorioso y será el nuevo guardián: el licenciado Falcón, por ejemplo, que es hermano de un policía judicial.

Y entonces, tras tanta espera, podremos volver a cruzar el umbral, internarnos por las calles grises y resacas, mirar a los muertos tirados entre abrojos y basuras, sentados en sillas podridas, tiesos y apoyados contra una pared como tablas. Preguntarles algo. Oír sus respuestas, que son siempre cortas y desanimadas. Pedirles permiso para traerles algún vecino nuevo, a nuestros padres o nuestros hijos o nuestros amores, o para venir nosotros mismos, cuando ya no podamos curarnos las enfermedades o nuestros cuerpos sean una ruina o hayamos encontrado el valor de intentar la mudanza. 